

January 2009

## Pastoral de la inteligencia y pastoral de la cultura

Gilles Routhier

*Universidad Laval de Quebec, vacademi@lasalle.edu.co*

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

---

### Citación recomendada

Routhier, G. (2009). Pastoral de la inteligencia y pastoral de la cultura. *Revista de la Universidad de La Salle*, (49), 57-69.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact [ciencia@lasalle.edu.co](mailto:ciencia@lasalle.edu.co).

# PASTORAL DE LA INTELIGENCIA

Y PASTORAL DE LA CULTURA<sup>1</sup>

Gilles Routhier\*

**Desde** hace algunos decenios se observan diversas iniciativas, alentadas con frecuencia por el Consejo Pontificio para la Cultura, en el campo de la pastoral de la inteligencia o de la cultura. Podemos interrogarnos sobre el fundamento de esas propuestas y sobre el papel que la universidad católica desempeña en tal campo. En este texto intentaré establecer la génesis de esta preocupación e indicar un poco el método que puede tomar tal diálogo y el rol que puede tener al respecto la universidad católica.

## VATICANO II: COMIENZO DE UN DIÁLOGO CON EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

**El** tema de una pastoral de la cultura o de una de la inteligencia está a la orden del día en la Iglesia católica, sobre todo desde la exhortación apostólica de Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*. En el párrafo veinte del texto pontificio, siguiendo las huellas del Concilio Vaticano II, Pablo VI declaraba:

La ruptura entre Evangelio y cultura es tal vez el drama de nuestra época, lo fue también el de otras épocas. Es por ello que es necesario hacer todos los esfuerzos con miras a una generosa evangelización de la cultura, más exactamente de las culturas. Estas deben ser regeneradas por el impacto de la Buena Nueva. Pero este impacto no se producirá si la Buena Nueva no es proclamada.

<sup>1</sup> Conferencia pronunciada en la Facultad de Ciencias de la Educación, Programa de Educación Religiosa, de la Universidad de La Salle de Bogotá, Colombia, el 5 de marzo de 2009. Traducción de Adriana Gacharna. Revisión teológica de la traducción realizada por el doctor Juan Manuel Torres Serrano y el Hermano Fabio Humberto Coronado Padilla.

\* Licenciado en Teología de la Universidad Laval (Quebec, Canadá) y Maestro en Artes de la misma institución; Doctor en Historia de las Religiones y Antropología Religiosa de la Universidad de la Sorbona (París, Francia); Doctor en Teología Instituto Católico de París. Actualmente se desempeña como Vicedecano de la Facultad de Teología y Ciencias Religiosas, y Director del Programa de Teología Práctica de la Universidad Laval de Quebec.

En esta perspectiva, lanzaba un llamado en favor de la evangelización de la cultura:

importa evangelizar –no de manera decorativa, como con un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus raíces– la cultura y las culturas del hombre [...], partiendo siempre de la persona y volviendo siempre a las relaciones de las personas entre ellas y con Dios.

Para el Papa Pablo VI,

no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o a poblaciones masivas, sino también de alcanzar y de transformar por la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y el deseo de salvación.

En resumen –y es esta la novedad de la afirmación– no se trata más de evangelizar simplemente a individuos, sino de evangelizar las culturas y de actuar de tal forma que la Buena Nueva transforme las maneras de pensar del mundo contemporáneo. Esta perspectiva es nueva, puesto que hasta ahora la evangelización se dirigía únicamente a los individuos. Entonces, se toma consciencia –luego del Vaticano II, primer concilio en consagrar una enseñanza *ex professo* sobre la cultura (capítulo II de la segunda parte de la Constitución pastoral *Gaudium et spes*)– de la importancia capital de la cultura en el plan del anuncio del Evangelio. También se adquiere la convicción de que el Evangelio no sólo transforma individuos, sino que forma las

mentalidades, impregna las culturas y desarrolla un *ethos*, es decir, el Evangelio y su anuncio tienen que ver con la construcción de las civilizaciones y de las sociedades.

Dicho esto, la reflexión sobre la evangelización y la misión pasa no solamente de un enfoque centrado en los individuos a otro orientado hacia la cultura, sino también de una perspectiva geográfica (los territorios de misión) a una perspectiva antropológica y cultural. Si esta evolución era ya perceptible en el decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia (art. 6), Pablo VI hace evolucionar un poco más la perspectiva insistiendo en el hecho que el Evangelio debe ser dirigido a las culturas; sin embargo, se plantea un problema e inmediatamente se ve asomar el riesgo: considerar como extraño el Evangelio a la cultura. Se tendría, por una parte, el Evangelio, y por la otra, la cultura, dos magnitudes colocadas frente a frente. Se sabe que las cosas no son tan simples y que, por una parte, el Evangelio no se presenta nunca en estado puro, fuera de todo soporte cultural, y por otra, que en las sociedades cristianas el Evangelio no está por fuera de la cultura. Esta objeción lo legitima y será necesario retornar a ella. Pero presentemos otros elementos si queremos solucionarla de manera adecuada.

Abordando la cuestión de la evangelización de la cultura y poniendo en el centro de esta actividad dos criterios, sin dejar de partir de la persona y volver siempre a las relaciones entre ellas y con Dios, Pablo VI podía igualmente apoyarse en las evoluciones ocurridas en el campo de la enseñanza social de la Iglesia, sobre todo desde la encíclica *Pacem in Terris* del 11 de abril de 1963, de Juan XXIII. A los destinatarios habituales de las encíclicas, “A nuestros Venerables



Hermanos los Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y otros Ordinarios en paz y comunión con la Sede Apostólica, así como a todo el clero y a los fieles del universo católico”, Juan XXIII agregó un último destinatario, “así como a todos los hombres de buena voluntad”.

La modificación de la dirección no tiene simplemente por efecto alargar la lista de los destinatarios, sino situar de otra manera la Iglesia en el mundo. Está llamada a dirigirse a todos los hombres de buena voluntad para establecer con ellos un diálogo sobre cuestiones cruciales para la vida del mundo (especialmente la paz, objeto de la encíclica *Pacem in Terris*), diálogo a través del cual pondrá por delante el Evangelio teniendo en cuenta los dos puntos de referencia resaltados por Pablo VI: en el centro de la discusión, la persona humana, y las relaciones entre las personas y de ellas con Dios (dimen-

sión espiritual del desarrollo humano o desarrollo integral, siguiendo la expresión de Pablo VI en *Populorum progressio*).

Es esta perspectiva del diálogo con la humanidad la que adopta el Concilio Vaticano II, desde su apertura hasta su cierre, abriendo con un “Mensaje de los Padres del Concilio a la humanidad”<sup>2</sup> y concluyendo con los “Mensajes del Concilio a los gobernantes, a los hombres de pensamiento y de ciencia, a los artistas, a las mujeres, a los trabajadores, a los pobres, a

<sup>2</sup> Este mensaje comenzaba así: “A todos los hombres, a todas las naciones, queremos dirigir un mensaje de salvación, de amor y de paz que Cristo Jesús, Hijo de Dios vivo, trajo al mundo y confió a su Iglesia. Es por ello que, reunidos al llamado de Su Santidad, el Papa Juan XXIII, unánimes en la plegaria con María Madre de Jesús, nosotros, sucesores de los Apóstoles, estamos aquí reunidos, en la unidad del Cuerpo apostólico del que el sucesor de Pedro es la cabeza”.

los enfermos, a todos aquellos que sufren, a los jóvenes". Con la lectura de esta lista se observa cuáles son los destinatarios privilegiados de la Iglesia. La lista se afinará siempre para incluir a aquellos que participen en la elaboración de "nuevas culturas", los que, de alguna manera, son líderes, aquellos que tienen una influencia en el desarrollo social y cultural y que pertenecen al mundo del pensamiento.

Los padres del Concilio persiguieron este deseo de dirigirse a todos los hombres de buena voluntad, de contribuir al debate social y de reflexionar con ellos sobre cuestiones capitales, sobre todo durante la elaboración de la constitución pastoral *Gaudium et spes*. Decían entonces:

luego de haberse esforzado por penetrar más allá en el misterio de la Iglesia, el segundo Concilio del Vaticano no duda en dirigirse ahora, no sólo a los hijos de la Iglesia y a todos aquellos que se reclaman de Cristo, sino a todos los hombres. A todos quiere exponer cómo proyecta la presencia y la acción de la Iglesia en el mundo de hoy.

Por lo demás, el papa Pablo VI, que había consagrado su primera encíclica al diálogo, especialmente al diálogo con el mundo, adelantó él mismo este diálogo en el momento de su discurso en la ONU. En el Vaticano II, el Evangelio se dirigió al mundo en el lenguaje de la amistad y del diálogo. Éste es ofrecido a todos y debe, como un fermento, renovar la sociedad y la cultura.

Como lo decía hace un momento, en el transcurso del Concilio Vaticano II la Iglesia católica intentó inaugurar un diálogo con el mundo. Éste es, de algún modo, el punto de partida de este

diálogo con la cultura. Lo hizo a partir de un método, la interpretación de los signos de los tiempos, y sobre temáticas importantes (la segunda parte de *Gaudium et spes*): el matrimonio y la familia, la cultura, la vida económica y social, la vida política, la solidaridad de los pueblos y la paz.

Sobre cada uno de ellos [nos dicen los padres conciliares] conviene proyectar la luz de los principios que nos vienen de Cristo; así los cristianos serán guiados y todos los hombres instruidos en la búsqueda de las soluciones que reclaman problemas tan numerosos y tan complejos (GS 46).

Habría que interesarse aquí tanto en el método puesto en marcha como en las temáticas retenidas. Este método es expuesto en la primera parte del documento, particularmente en los números 4 y 11. Sin embargo, antes se apoya en un postulado, a saber:

las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de este tiempo, de los pobres sobre todo, y de todos aquellos que sufren, son también las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los discípulos de Cristo, y no existe nada verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón (GS 1).

Concretamente, esto significa que la vida del mundo concierne a los cristianos y que éstos no pueden desinteresarse de ella. De igual manera, se apoya en actitudes que son las del diálogo, la solidaridad y el servicio (GS 2-3). En efecto, interviniendo en cuestiones que conciernen a la humanidad, la Iglesia no busca imponerse o hacer valer su poder, sino servir.

Volvamos un momento a este método, que habría que perfeccionar hoy, pero que ya presenta preciosas experiencias. De éste se recalca con frecuencia un elemento: que la Iglesia debe "interpretar a la luz del Evangelio" los signos de los tiempos (Gs 4), olvidando a menudo que antes de juzgar situaciones a la luz del Evangelio, es necesario, ante todo, "conocer y comprender este mundo en el que vivimos, sus expectativas, sus aspiraciones, su carácter muchas veces dramático" (Gs 4). Entonces, ¿cómo hablar de manera creíble de la vida, en el nombre del Evangelio, si los cristianos no conocen en profundidad los asuntos que serían juzgados por lo alto o por el exterior?

Es esta obligación de conocer y de comprender este mundo complejo en el que vivimos la que funda la necesidad de trabajar con gente de todas las proveniencias: del mundo de la economía, de la cultura, del urbanismo, de las ciencias de la salud, de la sociología, etc. El Concilio Vaticano II tuvo posiciones acerca de las ciencias que contrastan con la actitud y marcan otras páginas de la historia de la Iglesia<sup>3</sup>. El Concilio enseña que

Aquellos que se dedican a las ciencias teológicas en los seminarios y las universidades querrán colaborar con los hombres versados en otras ciencias, poniendo en común sus energías y sus puntos de vista. La investigación teológica, al mismo tiempo que profundiza la verdad revelada, no debe perder contacto con su tiempo, con el fin de facilitar un mejor conocimiento de la fe a los hombres

<sup>3</sup> Ver en particular *Gaudium et spes* 36, donde se afirma la autonomía de las ciencias y otros pasajes de la misma constitución, especialmente los nros. 5, 52, 54, 57 y ss.

cultivados en las diferentes ramas del saber (GS 62).

Reconocemos, luego del Concilio, que la universidad, como punto de confrontación de las disciplinas y centro intelectual, ofrece un lugar privilegiado para tal diálogo. Un diálogo se impone entre la Iglesia y las personas de estos mundos diferentes si se quiere que el Evangelio tenga contacto con la realidad y que la palabra de la Iglesia, a propósito de estos asuntos concretos, sea creíble. Por lo demás, ya en la época del Concilio, los padres hicieron un llamado a los laicos competentes en diversos campos para participar en las subcomisiones que elaboraban los diversos capítulos de la constitución pastoral *Gaudium et spes*.

## UN DIÁLOGO QUE SE DESEA CONTINUAR LUEGO DEL CONCILIO

**Inmediatamente** después del Concilio, en América Latina, más precisamente en Medellín, Colombia, la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano continuó en el plano continental este trabajo de lectura de los signos de los tiempos, intentando establecer un diagnóstico sobre la situación del continente.

En el plano mundial, en este esfuerzo de desarrollo de una pastoral de la inteligencia o de la cultura, me parece que la encíclica *Redemptoris missio* de Juan Pablo II marca una nueva etapa. En el capítulo IV, titulado "Los horizontes inmensos de la misión", el Papa reflexiona sobre los "aspectos de la misión *ad gentes*" (arts. 37 ss.) Luego de haber afirmado que "La misión *ad gentes* no tiene límites, en razón del precepto universal de Cristo.", Juan Pablo II se ocupa en

“distinguir diferentes campos en los que se cumple, con el objeto de trazar el cuadro real de la situación”. Lo hace a partir de tres categorías: los territorios, los mundos nuevos y los fenómenos sociales nuevos, y las zonas culturales y los areópagos modernos.

Paso rápidamente a su primer punto que se refiere a los territorios, perspectiva más clásica. El Papa reconoce ante todo que “La actividad misionera ha sido generalmente definida con respecto a territorios precisos” y que “el criterio geográfico, incluso si no es muy preciso y si es siempre provisorio, sirve aún para precisar las fronteras hacia las cuales debe dirigirse la actividad misionera”. Lo que es más innovador e interesante para nuestro propósito son los dos puntos que siguen: el primero es sobre los “Mundos nuevos y fenómenos sociales nuevos”. No estamos lejos, entonces, de la evangelización de la cultura. Cito casi *in extenso* estos pasajes, puesto que nos indican adónde deben conducir hoy nuestros esfuerzos si queremos continuar este trabajo y, de igual manera, las temáticas a las que debemos estar atentos.

Las transformaciones rápidas y profundas que caracterizan al mundo de hoy, especialmente al Sur, ejercen una fuerte influencia en el marco de la misión: allí donde antes, existían situaciones humanas y sociales estables, todo se encuentra hoy en movimiento. Que se piense, por ejemplo, en la urbanización y en el crecimiento masivo de las ciudades, sobre todo si la presión demográfica es más fuerte. Desde ahora, en un gran número de países, más de la mitad de la población vive en megalópolis donde los problemas humanos son con frecuencia agravados por el anonimato en el que se sienten inmersas las multitudes.

Con el paso de los tiempos modernos, la actividad misionera se ha desarrollado sobre todo en regiones aisladas, alejadas de los centros civilizados e inaccesibles a consecuencia de las dificultades de comunicación, de lengua, de clima. Hoy, la imagen de la misión *ad gentes* está tal vez cambiando: sus lugares privilegiados deberían ser las grandes ciudades donde aparecen costumbres nuevas y nuevos modelos de vida, nuevas formas de cultura y de comunicación que, luego, influyen sobre el total de la población. [...] no se puede evangelizar a las personas o a los pequeños grupos descuidando los centros donde nace, por así decirlo, una humanidad nueva con nuevos modelos de desarrollo. El futuro de las jóvenes naciones está forjándose en las ciudades.

Hablando del futuro, no se puede olvidar a los jóvenes que, en numerosos países, constituyen ya más de la mitad de la población. ¿Cómo hacer llegar el mensaje de Cristo a los jóvenes no cristianos que son el futuro de continentes enteros? A todas luces, los medios ordinarios de la pastoral no bastan: son necesarias asociaciones e instituciones, grupos y centros de jóvenes, iniciativas culturales y sociales para los jóvenes. He aquí un campo en el que los movimientos eclesiales modernos encuentran un amplio campo de acción.

Entre las grandes mutaciones del mundo contemporáneo, las migraciones han producido un fenómeno nuevo: los no cristianos llegan en gran número a los países de antigua tradición cristiana, creando ocasiones nuevas de contactos y de intercambios culturales, invitando a la Iglesia a la acogida, al diálogo, a la asistencia, en una palabra, a la fraternidad.

[...] Por fin, se pueden recordar las situaciones de pobreza, a menudo intolerable, que se crean en numerosos países y que son con frecuencia el origen de migraciones masivas.

Esta citación nos permite regresar a la objeción que he planteado antes: en los países de tradición católica, es adecuado considerar como extraño el Evangelio a la cultura. Lo que constata Juan Pablo II es que la presencia del Evangelio en la cultura no es ya un hecho seguro en el momento en el que se elaboran en las grandes ciudades y en el medio de los jóvenes nuevas formas de cultura, nuevos modelos de vida, etc<sup>4</sup>. Así, el hecho urbano, las megalópolis y el mundo de los jóvenes no son simplemente fenómenos en los que debe interesarse la Iglesia o asuntos sobre los que debe tratarse este diálogo, sino también medios en los que debe instaurarse un diálogo entre Evangelio y cultura.

Juan Pablo II se interesa enseguida en las "Zonas culturales o areópagos modernos" como horizonte de la misión. De nuevo allí su punto de vista es muy sugestivo y merece aún más ser largamente citado.

Pablo, después de haber predicado en numerosos lugares, llega a Atenas y se dirige al Areópago donde anuncia el Evangelio utilizando un lenguaje adaptado y comprensible en este medio (cf. Ac 17, 22-31). El Areópago representaba entonces el centro de la cultura de los atenienses instruidos y puede ser tomado hoy como símbolo de los nuevos medios donde se debe proclamar el Evangelio.

<sup>4</sup> Sobre la urbanización y la emergencia del mundo de los jóvenes, se podría volver a las palabras luminosas de Pablo VI en su "Carta apostólica *Octogesima adveniens*", dirigida al cardenal Maurice Roy, presidente de Justicia y paz (1971), sp. nros. 8-13.

El primer areópago de los tiempos modernos es el mundo de la comunicación, que da una unidad a la humanidad haciendo de ella, como se diría, "un gran pueblo". Los medios de comunicación han tomado tal importancia que son, para mucha gente, la fuente principal de información y de formación; guían e inspiran los comportamientos individuales, familiares y sociales. Son sobre todo las nuevas generaciones la que crecen en un mundo condicionado por los medios de comunicación. Tal vez se ha descuidado un poco este aerópago. Se privilegian generalmente otros medios de anuncio evangélico y de formación, mientras que los medios de comunicación son dejados a la iniciativa de particulares o de pequeños grupos y no entran en la programación pastoral más que de manera secundaria. El compromiso en los medios de comunicación, sin embargo, no tiene como único propósito multiplicar el anuncio. Se trata de una realidad más profunda porque la evangelización misma de la cultura moderna depende en gran parte de su influencia. No basta entonces con utilizarlos para asegurar la difusión del mensaje cristiano y de la enseñanza de la Iglesia, sino que es necesario integrar el mensaje en esta "nueva cultura" creada por los medios de comunicación modernos. Es un problema complejo porque, sin hablar siquiera de su contenido, esta cultura procede precisamente del hecho de la existencia de nuevos modos de comunicar con nuevos lenguajes, nuevas técnicas, nuevos comportamientos.

[...] Existen, en el mundo moderno, muchos otros aerópagos hacia los cuales se debe orientar la actividad misionera de la Iglesia. Por ejemplo, el compromiso por la paz, el

desarrollo y la liberación de los pueblos, los derechos del hombre y de los pueblos, sobre todo los de las minorías, la promoción de la mujer y del niño, la salvaguardia de la creación, tantos campos a iluminar con la luz del Evangelio.

Además, es necesario recordar el muy vasto aerópago de la cultura, de la investigación científica, de las relaciones internacionales que favorecen el diálogo y conducen a nuevos proyectos de vida. Es imperativo estar atento a estas realidades modernas y atribuirles importancia. Los hombres tienen el sentimiento de ser como marinos en el mar de la vida, llamados a una unidad y a una solidaridad cada vez más grandes. Las soluciones de los problemas planteados por la existencia deben ser estudiadas, discutidas, puestas a

prueba con la ayuda de todos. He aquí por qué los organismos y las agrupaciones internacionales cobran cada vez más importancia en numerosos sectores de la vida humana, de la cultura a la política, de la economía a la investigación. Los cristianos que viven y trabajan a este nivel internacional se acordarán siempre que deben dar testimonio del Evangelio.

Nuestra época es a la vez dramática y fascinante. Mientras que, por un lado, los hombres parecen buscar ardientemente la prosperidad material y sumergirse aún más en el materialismo del consumo, por otro lado, se ve surgir una angustiante búsqueda de sentido, una necesidad de interioridad, un deseo de aprender formas y métodos nuevos de concentración y de oración. En las culturas



impregnadas de religiosidad, pero también en las sociedades seculares, se busca la dimensión espiritual de la vida como antídoto para la deshumanización. El fenómeno que llamado “retorno a lo religioso” no deja de ser ambiguo, pero contiene un llamado. La Iglesia tiene un inmenso patrimonio espiritual para ofrecer a la humanidad en Cristo que se proclama el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 6). Es el camino cristiano el que lleva al encuentro de Dios, a la oración, a la ascesis, al descubrimiento del sentido de la vida. He aquí todavía otro aerópago a evangelizar.

En este largo pasaje, Juan Pablo II indica a los cristianos lugares en los que el Evangelio debe ser escuchado; éstos no son los lugares propios de la Iglesia, sino sitios públicos, los aerópagos, es decir, allí donde se debate, donde nuestros contemporáneos entran en discusión. Son los espacios públicos donde diversos puntos de vista se hacen escuchar y se toman decisiones. De estos lugares los cristianos no pueden ausentarse, limitándose con obrar únicamente en su ámbito protegido, el espacio eclesial que dominan. Entonces, deben tomar parte en los debates sociales y estar presentes en el espacio público.

Si en su evocación de los aerópagos Juan Pablo II no indica particularmente la universidad, se puede considerar fácilmente que constituye uno de ellos, porque ésta aparece también en las grandes ciudades como un foro, un lugar de discusión y de debate. Puede asimilarse fácilmente al aerópago de la investigación científica de la que hablaba. Por lo demás, el documento conciliar sobre la educación católica indicaba ya esta tarea a las universidades católicas (GE 10 a 12), y los documentos más importantes de

la congregación para la educación católica lo repiten desde entonces<sup>5</sup>.

## LIDERAR UNA PASTORAL DE LA INTELIGENCIA Y UN DIÁLOGO CON LA CULTURA EN AMÉRICA LATINA

**Más** cerca a nosotros, la exhortación apostólica *Ecclesia in America* (1999) retornaba al tema del diálogo de la Iglesia con la cultura y de la puesta en práctica de una pastoral de la inteligencia, en particular en su capítulo VI consagrado a la misión de la Iglesia hoy en América. Luego de haber indicado que “los pobres figurarán evidentemente entre los primeros destinatarios de la evangelización” (67), Juan Pablo II agrega:

Este amor por los pobres debe ser preferencial, pero no exclusivo. El hecho de haber preconizado la solicitud pastoral hacia los pobres con un cierto exclusivismo [...] condujo a veces a descuidar los medios dirigentes de la sociedad, lo que tuvo como consecuencia que muchas personas de esos medios se alejaron de la Iglesia. Los daños debidos a la difusión del secularismo en estos medios, ya sean políticos o económicos, sindicales, militares, sociales o culturales, muestran la urgencia de una evangelización de estos medios, animada y guiada por pastores que se sientan llamados por Dios a cuidar de todos. Estos pastores podrán contar con el apoyo de todos aquellos —y afortunadamente son numerosos— que permanecieron fieles a los valores cristianos. Los Padres sinodales recordaron a este respecto “el compromiso de numerosos

<sup>5</sup> Ver en particular *La escuela católica en el umbral del tercer milenio* (1997) y *La escuela católica* (1977).

[...] dirigentes para edificar una sociedad justa y solidaria". Con su ayuda, los Pastores harán frente a la ardua tarea de la evangelización de estos sectores de la sociedad: con un ardor renovado y métodos actualizados, se volverán hacia los dirigentes, hombres y mujeres, para anunciarles a Cristo, insistiendo principalmente en la formación de las conciencias por medio de la doctrina social de la Iglesia. Esta formación constituirá el mejor antídoto contra los numerosos casos de incoherencia, e incluso de corrupción, que marcan las estructuras sociopolíticas. Por el contrario, si se descuida esta evangelización de los dirigentes, no será sorprendente que muchos de ellos sigan criterios extraños al Evangelio, a veces abiertamente opuestos a él. (67).

Aquí nos enfrentamos de nuevo a una enumeración de destinatarios o de interlocutores. Son los que ejercen responsabilidades y que por este hecho influyen en el desarrollo de las sociedades. Este pasaje por sí solo indica la necesidad de un diálogo entre fe y cultura o la necesidad de una pastoral de la inteligencia. No podemos contentarnos con una catequesis para niños o con la predicación litúrgica si se quiere que el Evangelio sea anunciado en América. De otro modo, el Evangelio no tendrá ninguna conexión con la vida de los hombres, las mujeres y los niños de nuestra época. La construcción del Reino tampoco es ajena al mundo de la vida política y económica, a las actividades militares y al movimiento sindical, enumerados por el Papa. Además, debe verse que lo que está en juego no es simplemente la Iglesia, sino la vida del mundo por la cual la Iglesia existe y al servicio del cual es enviada.

En este mismo documento, Juan Pablo II aborda expresamente la cuestión de la evangelización

de la cultura (nro. 70), y en otro párrafo la de los medios de comunicación social (nro. 72). A continuación lo cito:

Para que la nueva evangelización sea eficaz, es fundamental tener un profundo conocimiento de la cultura actual, en la que los medios de comunicación social tienen gran influencia. [...] La realidad de hoy exige que se sepa dominar el lenguaje, la naturaleza y las características de los medios de comunicación. Utilizándolos de manera correcta y con competencia, se puede realizar una auténtica inculturación del Evangelio. Por otra parte, estos mismos medios masivos de comunicación contribuyen a modelar la cultura y la mentalidad de los hombres y de las mujeres de nuestro tiempo; es por ello que quienes operan en el ámbito de los instrumentos de comunicación social se deben beneficiar de una acción pastoral especial.

De inmediato se evidencia el potencial de una universidad católica donde pueden eventualmente encontrarse las diversas ciencias y disciplinas: las ciencias de las comunicaciones, las ciencias económicas, el urbanismo, las relaciones industriales, las ciencias de la vida, el trabajo social, etc. En efecto, no existe matemática católica, como tampoco biología o física católicas. Se debe respetar escrupulosamente la autonomía de las diversas disciplinas y los métodos propios de cada una de ellas. Aclarado esto, los investigadores son seres humanos que se plantean preguntas y formulan objetivos y orientaciones de investigación. Una cosa es, por ejemplo, querer conducir investigaciones que sólo apunten a una productividad más grande de los obreros y al mejor rendimiento de los activos, y otra muy diferente es buscar



las vías de una economía social al servicio de la persona.

En una universidad católica hay investigadores católicos que se dejan interpelar por el Evangelio, porque escucharlo en una institución de este tipo es una competencia transversal, y no una que es propiedad de un departamento o una facultad. Abordar las cuestiones cruciales para los hombres, las mujeres y los niños de hoy a la luz del Evangelio, es decir, colocando a la persona humana en el centro y adoptando una perspectiva de desarrollo integral (desarrollo económico, social, cultural y espiritual) me parece capital. La universidad puede ser el lugar de tales intercambios y el espacio de discusión y de encuentro, donde son abordados, a la luz del Evangelio, los asuntos de la ciudad. Esto po-

dría realizarse tanto más cuanto que la Universidad reúne competencias en todos los campos y especialistas de todas las disciplinas.

Más cerca aún de nosotros, el documento final de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, celebrada en Aparecida, Brasil, volvía sobre el punto de la pastoral de la inteligencia en el párrafo 10: la cultura y su evangelización. Sólo cito un extracto para concluir:

Los discípulos y misioneros de Cristo deben aclarar a la luz del Evangelio todas las dimensiones de la vida social. La opción preferencial por los pobres, de fuente evangélica, exige una atención pastoral particular de quienes construyen la sociedad. Si demasiadas estructuras

conducen a la pobreza, es, por una parte, a causa de la poca fidelidad a sus compromisos evangélicos por parte de muchos cristianos y especialmente en sus responsabilidades políticas, económicas y sociales. (501)

La realidad actual de nuestro continente pone en evidencia *la ausencia notable, en el medio político, mediático y universitario, de voz y de iniciativas de líderes católicos de fuerte personalidad y de vocación devota* (502)

## CONCLUSIÓN

**Termino** evocando lo que conozco mejor: Quebec, que hoy es indiscutiblemente una sociedad secularizada. En este contexto, algunos sueñan con una restauración de la “cristiandad” de antaño. Creo que esto obedece en parte a una cierta incapacidad para acompañar con una reflexión cristiana sólida y creíble a los laicos comprometidos en todos los campos de la vida pública y profesional. A título de ejemplo, a falta de haber mantenido un diálogo abierto con los católicos comprometidos en la vida política, queda hoy como única solución reductora amenazarlos con rehusarles la comunión si no votan leyes que estén de acuerdo con la doctrina católica u oponerse a sus tomas de posición sobre diferentes asuntos.

Entonces, la difusión del Evangelio en la sociedad y una palabra creíble de los cristianos sobre las cuestiones importantes del mundo (ecología, violencia, familia, etc.) permanecen como un desafío capital para nuestra Iglesia. Si no logramos afrontarlo, el Cristianismo, antes que presentarse como el otro de la cultura, el interrogante sin interrupción, estará cada vez más marginalizado y confinado a un reducto, a un

tiempo cada vez más insignificante –los grandes momentos de la vida de un individuo y a algunas grandes fiestas– y a un espacio cada vez más restringido, el templo. Esto significa que el Evangelio del Reino no sólo debe ser llevado a los diferentes medios de vida por los bautizados que actuarán allí como un fermento de renovación, sino que estos hijos de la Iglesia deberán estar apoyados por una reflexión vigorosa que se debe esperar de los centros universitarios. El espacio secular me parece ser el lugar privilegiado para el anuncio del Evangelio en un contexto misionero, y este anuncio reposa ante todo, aunque no exclusivamente, en los laicos.

En este vasto dominio del “orden temporal”, el Concilio Vaticano II indicó algunos espacios particulares donde debe desplegarse el “apostolado de los laicos”: las ciencias y la cultura (LG 36; AA 1; GS 62; AG 21), la vida familiar (LG 35; AA 4, 11; sp. GS 47 ss.), la actividad social, económica y política y la solidaridad entre las personas y las naciones (AA 7, 13; GS 63 ss.), y la salvaguardia de la paz (GS 77ss.). Hoy se agregarían tal vez otras obras: promoción por el reconocimiento de la dignidad humana, la defensa de los derechos humanos, la salvaguardia del medio ambiente, el progreso de las ciencias y de las técnicas en el ámbito biomédico, etc. Estas indicaciones demarcan este vasto campo del apostolado de los laicos “en gran parte abierto solo para ellos” (AA 2). Estos grandes ámbitos corresponden bastante bien a los nuevos campos de la misión identificados por *Redemptoris missio*: el compromiso por la paz, el desarrollo y la liberación de los pueblos, los derechos del hombre y de los pueblos, sobre todo los de las minorías, la promoción de la mujer y de los niños, la salvaguardia de la creación, la investigación científica, las relaciones internacionales.

Si en el plano nacional la Iglesia católica del Canadá se ha dotado de instituciones para asegurar la presencia del Evangelio en estos ámbitos diferentes de la vida social, se constata, sin embargo, la ausencia de relevos en el terreno y poco apoyo previsto para acompañar la presencia de los laicos en estos diversos medios, especialmente en el plano del pensamiento y de la reflexión. Estamos lejos de tener el pensamiento del acompañamiento y la formación de estos cristianos que les permitiría cultivar la especificidad cristiana en marcos en los que la confesionalidad ya no funciona más. Por tanto, luego de un momento de compromiso entusiasta y generoso de los cristianos hombro a hombro con personas “de buena voluntad”, se observa la casi desaparición de un laicado llamado a asegurar una presencia cristiana significativa en el mundo de hoy. Las prácticas de presencia de los cristianos en las diferentes dimensiones de la vida social se buscan y los cristianos comprometidos no tienen ya más lugar para releer su acción, tener una inteligencia renovada y confrontarla a un pensamiento serio. Es por ello que su visión del mundo y sus estrategias de compromiso respetan tanto y con tanta frecuencia las de sus diversos interlocutores que su inspiración cristiana termina por borrarse o no ser contada.

Hoy, confrontados cada vez más a una visión puramente privada de la religión y a una ética ampliamente inspirada por el utilitarismo, los cristianos, en el seno de las sociedades occidentales desarrolladas, cuyas características comparte Quebec, son llamadas a hacer nuevos aprendizajes y a desarrollar prácticas

sociales pertinentes en el momento en que cuesta trabajo imaginar un modelo de presencia en el mundo que corresponda a nuestro tiempo y a nuestra cultura. Entonces, la pregunta podría formularse en estos términos: ¿existe una posibilidad para los creyentes de transformar el mundo a partir de una visión inspirada de una adhesión a una fe religiosa inscribiendo al mismo tiempo su acción en el marco de las prácticas comunes? En nuestros días, se encuentran la mayor parte del tiempo aislados los unos de los otros, en el silencio, sin posibilidad de debate y de reflexión sobre los modelos de sociedad o sobre las estructuras sociales. Entonces, ¿no les queda más camino que favorecer la calidad de las relaciones interpersonales alrededor de ellos y refugiarse en prácticas de caridad en la Iglesia o en las múltiples obras filantrópicas que permitan compensar los peores efectos de la economía de mercado?

Hoy lo que importa es favorecer la emergencia de otras prácticas que permitirían a los cristianos reagruparse con miras a proveerse los medios para actuar en nombre de su fe como agentes de transformación. Así sobrepasarían las prácticas que apuntan a reagruparse para orar, dar testimonio o apoyar una buena obra.

Una universidad católica que se entregue a la misión de mantener el debate sobre las apuestas sociales, culturales y económicas de su medio, y que invierta en la formación de laicos capacitados que se comprometan con el mundo político, sindical, cultural y social, tributaría un gran servicio al medio en el que se inscribe.